

Tengo dieciocho años y, según todos los indicios, no voy a llegar a cumplir los diecinueve. No, no es que me vaya a morir; es que me van a matar.

Pero permítanme que exponga con algo más de detalle mi actual situación. Me encuentro en el Noroeste de España, en Galicia, a mediados de julio. Es de noche. Hace poco he escuchado el tamborileo de la lluvia contra la carrocería, pero, aunque ha refrescado, el sudor me corre a raudales por la frente, la espalda y las axilas. Estoy en un automóvil -un Audi A6, para ser precisos-, viajando por una carretera que imagino comarcal y solitaria. Ojalá pudiera describir el paisaje, pero me resulta enteramente imposible hacerlo. No veo nada.

Y no veo nada por la sencilla razón de que estoy encerrado en el maletero.

¿Qué hago en un maletero? La verdad, no me creo capacitado para responder; de hecho, desde que fui secuestrado a punta de pistola no ceso de preguntarme cómo he podido meterme en un lío tan grande como este. Lo único que sé es que ha sido por amor. Ah, vale, también sé otra cosa: más allá del maletero, y aparte de mí, hay otras dos personas viajando en el Audi. Uno de ellos, el que conduce, se llama Andrés y habla poco. El otro, el que ocupa el asiento del copiloto, se llama Germán y es argentino. Esos dos tipos, a los que apenas conozco, me van a matar.

Probablemente sea Germán quien lo haga; tiene aspecto de asesino a sueldo, con ese traje negro y esas gafas oscuras. Además, fue él quien me apuntó con una pistola y me obligó a entrar en el maletero. Nunca sospeché que mi muerte fuera a producirse tan pronto y a manos de un sicario del Cono Sur, pero al parecer así va a ser. Si nos paramos a pensarlo, en circunstancias como esta resulta fácil predecir el futuro, pues lo hemos visto en mil películas. El coche se interna por una carretera de tercera hasta detenerse en una zona remota y despoblada; los asesinos abren el maletero, sacan a la víctima y la conducen al interior de un bosquecillo. Una vez allí, pueden suceder dos cosas: los sicarios le pegan un tiro al pobre tipo y luego lo entierran, o bien le obligan primero a cavar su propia tumba y luego le pegan un tiro. En ambos casos el resultado es el mismo y, por desgracia, muy desagradable para mí.

Estoy más muerto que vivo, esa es la verdad; aun así, tras superar el ciego terror que me ha mantenido petrificado durante la mayor parte del trayecto, no he parado de darle vueltas a posibles planes de escape. Lo primero que debo hacer es averiguar de qué elementos dispongo, aunque poca cosa hay en el interior de un maletero. Veamos: una caja de herramientas que contiene un gato, una llave de tuercas y un juego de destornilladores; un triángulo plegable de peligro; una lata de aceite medio llena metida en una bolsa de plástico; un trapo maloliente; una rueda de repuesto. Y se acabó.

Durante unos minutos me dedico con gran entusiasmo a la tarea de intentar forzar la cerradura del maletero con ayuda del destornillador más grande, haciendo palanca entre lo que yo, al tacto, supongo que son dos piezas del cerrojo, pero que muy bien podrían ser cualquier otra cosa. Si lograra abrir el maletero, me tiraría en marcha y, en el poco probable caso de que no me rompiera la cabeza, correría a esconderme en el bosque, suponiendo que haya un bosque ahí fuera. Pero nada de eso va a suceder, pues en vez de forzar la cerradura solo consigo despellejarme repetidamente los nudillos.

Convencido, por tanto, de que, al contrario de lo que suele verse en las películas, es absolutamente imposible abrir un maletero desde dentro, comienzo a tantear otras posibles vías de escape. Si tuviera gasolina y una botella, y utilizando como mecha el trapo maloliente, podría fabricar un cóctel Molotov. Así, cuando los

sicarios abrieran el maletero para matarme, yo encendería el cóctel Molotov y, ante su estupefacción, se lo arrojaría con presteza, sumiéndolos en las llamas vengadoras. Por desgracia, no fumo, así que no dispongo de mechero o cerillas para encender la mecha. Por otro lado, me digo, tampoco dispongo de gasolina ni de una botella. Así que, considerando que de todos los elementos necesarios para fabricar un cóctel Molotov -sigo diciéndome (ahora con cierta severidad)- solo cuento con un trapo maloliente, ¿no sería mejor abandonar esa línea de pensamiento?

Vale, ¿qué más tengo?... No logré encontrarle ningún uso letal a la señal plegable de peligro, así que la desecho mentalmente. Hago lo mismo con la llave de tuercas y la lata de aceite. Sin embargo, el gato es un objeto contundente. Y la rueda de repuesto parece un escudo. Si lograra fijarme la rueda en el brazo izquierdo -utilizando para ello el trapo maloliente hecho tiras-, podría protegerme con la llanta de los disparos al tiempo que aporreo con el gato a los sicarios.

Llámenlo desesperación si quieren, pero en este momento la idea me parece lo suficientemente buena como para desenroscar la rueda de repuesto del soporte donde va fijada y evaluar seriamente sus posibilidades como escudo antibalas. Nada más sacarla de su sitio descubro algo: una rueda con su neumático y su llanta es mucho más pesada de lo que parece a simple vista. De hecho, dudo que consiguiera saltar ágilmente de un maletero cargando con ella, y mucho menos si debo a continuación liarme a porrazos con dos tipos a cuyo lado parezco un alfeñique. Imagínense la situación: los asesinos detienen el automóvil en un lugar remoto y solitario, abren el maletero... y se encuentran con un tipo, medio aplastado por una rueda de repuesto, que intenta en vano levantarse mientras enarbola patéticamente un gato. Hasta yo me pegaría un tiro si me viera así.

La verdad es que como plan de escape deja mucho que desear, de modo que me olvido de él. Pero el plan no se olvida de mí, pues algo ha sucedido entre tanto en el interior del maletero. Dado que estoy encerrado en un lugar oscuro, no veo nada, lo cual entorpece seriamente mis, por otro lado nunca excesivamente desarrolladas, capacidades de manipulación. No he conseguido colocar las herramientas en la caja, ni la caja en su lugar; además, la palomilla que fija la rueda de repuesto ha desaparecido (¿cómo puede desaparecer algo en un espacio tan reducido?) y la rueda está suelta, al igual que lo están las herramientas. Esto significa que, a cada bache -y en el camino que estamos recorriendo hay muchos baches-, todos esos objetos se mueven y chocan contra mí. Ahora la llave de tuercas me da en un ojo, ahora el gato me golpea la cabeza, ahora la rueda se me incrusta en el estómago...

Felicidades, me digo; además de asustado y deprimido, has conseguido sentirme ridículo. Aunque, bien pensado, tiene cierto mérito convertir las dramáticas circunstancias de mi muerte en un gag poco gracioso. Me echaría a reír, de no ser por lo desmoralizado que estoy. Y es que, como comprenderán y a poco que se pongan en mi lugar, no me hace ninguna gracia saber que van a pegarme un tiro.